



PONENCIA

# Carlos Salinas Araneda

Profesor Emérito

Facultad/Escuela de Derecho

Quien quiera hacer una buena y sabrosa tortilla de papas –o de patatas, como dicen los españoles– tendrá que ocupar huevos, papas, aceite, cebollas y chorizos, a ser posible de la mejor calidad. Pero si alguien me pidiera una tortilla de papas, pero con algunas restricciones como no usar huevos por motivos veganos, ni aceite, papas o sal por motivos dietéticos, y me ofreciera a cambio una variedad de verduras y una parrilla, en el mejor de los casos haré una buena parrillada de verduras, pero tendremos que olvidarnos de la tortilla de papas.

Algo similar ocurre con la educación actual: por motivos diversos no está usando los componentes propios de una buena educación, a saber, el respeto, la exigencia y la autoridad. Sin estos ingredientes, y algún otro, solo podremos obtener un sucedáneo de la educación, pero no el producto genuino. Es lo mismo que sin huevos, papas y aceite nunca podremos tener una buena tortilla de papas.

La palabra autoridad, que es de la que ahora quiero ocuparme, y lo que ello significa y conlleva, es un tema tabú en la sociedad actual y por tanto, en cualquiera institución o realidad educativa, ya se trate del colegio, la universidad, la familia o el ambiente social. Y cuando me refiero a la autoridad lo hago en el sentido romano, como aquel conjunto de prestigio y credibilidad reconocido a personas e instituciones por su valor, su misión, su competencia.

Asistimos en el momento actual a la dejación de la autoridad en las propias familias, en las escuelas y colegios y en la sociedad y por ello es muy difícil educar. Dicho en palabras del premio nobel de literatura, Mario Vargas Llosa, estamos asistiendo “al acto de muerte del concepto de autoridad”. La contestación de 1968, cuyas son estas



## CLAUSTRO PLENO ORDINARIO 2023

palabras, “ha dado legitimidad y glamour a la idea que toda autoridad es sospechosa, peligrosa y despreciable y que el ideal libertario más noble consiste en desconocerla, negarla y destituir la”<sup>1</sup>. El efecto último no ha sido eliminar el poder, sino la autoridad en el sentido romano recién referido.

El *poder* está basado en la fuerza, incluso en el miedo, se impone y es coercitivo, obliga. Por el contrario, la autoridad está basada en el prestigio, en una excelencia intelectual o moral que ofrece ejemplaridad y suscita la emulación, el deseo de imitar y alcanzar una vida más plena en cualquier ámbito, ya sea intelectual, artístico o moral.

En la sociedad actual la autoridad, sin la cual no es posible educar, ha perdido presencia e, incluso, en algunos ambientes se rehúye el debate sobre si debe existir o no y cómo ejercerla. Le ocurrió hace poco a una profesora en una universidad santiaguina: le pidió a un alumno, durante una clase, que dejase de usar el celular y atendiese a las explicaciones de la profesora; como no le hiciera caso, le pidió lo mismo por segunda vez, y, como tampoco le hiciera caso, volvió a recordárselo por tercera vez, ante lo cual el estudiante, que estaba sentado al final de la sala, se levantó indignado y apuntándola con el dedo, le gritó: “oiga, usted me está acosando”.

Las causas de esta “muerte del concepto de autoridad” son variadas.

Algunas son de tipo interno, lo que ocurre cuando el educador que debe ejercerla ha dejado de hacerlo por cobardía o debilidad, como ocurre con los padres o maestros permisivos que juega a ser colegas o amigos, olvidando que los jóvenes necesitan padres y maestros genuinos, no más colegas o amigos.

Otras causas son de tipo externo. Por un lado, el relativismo ambiental que niega la excelencia de las virtudes, o el valor de principios tales como la verdad, la belleza o el bien que han iluminado e inspirado las mejores realizaciones humanas tanto culturales como éticas y legislativas, sin las cuales hoy no podríamos escuchar a Mozart, contemplar la magnificencia de las catedrales góticas o ser testigos de los avances de las ciencias y de los derechos humanos.

---

<sup>1</sup> VARGAS LLOSA, Mario, *La civiltà dello spettacolo* (Torino, 2012). Sobre las diversas interpretaciones de los efectos de la revuelta de 1968 se puede ver SCIOLLA, Loredana, *Gli effetti culturali del Sessantotto*, en *Il Mulino*, 2 (2018), pp. 218-225. Un amplio análisis en ARDURA, Bernard; PUIG I TARRECH, Armand (a cura di), *¿Che cos'è stato il 1968? Una lettura 50 anni dopo* (Città del Vaticano, Libreria Editrice Vaticana, 2020).



## CLAUSTRO PLENO ORDINARIO 2023

Junto a ese relativismo, y de modo paradójico puesto que no deja de ser un nuevo dogmatismo, se ha ido implantando la llamada “nueva pedagogía”, cuyos orígenes se remontan al suizo francófono Juan Jacobo Rousseau. Impuesta de modo omnímodo y asfixiante en la enseñanza y en gran número de familias, considera que el niño, por sí solo, de modo lúdico y espontáneo, encontrará el legado cultural que, de ningún modo se le debe enseñar. El niño descubrirá solito tanto la moral, como la ciencia y, por supuesto, la religión.

Las consecuencias de esto ya las estamos viendo. Por un lado, asistimos a la generación de “salvajes en la ciudad”, en feliz expresión de Francois-Xavier Bellamy, joven pensador y político francés contemporáneo<sup>2</sup>. Por otro, vemos como han surgido nuevas “autoridades”: los propios jóvenes, los adultos que pretenden ser adolescentes y, los peores, aquellos adultos que así podrán manipular mejor a los jóvenes, entre otras cosas, negando o anestesiando la conciencia histórica, como me he referido en otra ocasión, o tergiversándola a su antojo como estamos viendo.

Frente a las ideologías, el relativismo o la nueva pedagogía no hay vacuna más efectiva que una buena dosis de realismo. El ser humano es un ser jerárquico, lo cual no está en contra de su dignidad esencial. Cuando la autoridad legítima y auténtica queda desierta, cualquier otro ocupa su lugar de modo despótico. Ya lo advertía Platón: “cuando los maestros temen a sus discípulos, los carceleros a los presos y los padres a sus hijos, es una sociedad próxima a la tiranía”<sup>3</sup>.

Urge, pues, recuperar la autoridad como concepto y, sobre todo, conseguir que los educadores de cualquier ámbito sean, y, por cierto, los universitarios, ejerzan como tales. Pero la autoridad exige un gran esfuerzo para alcanzar esa superioridad intelectual y moral que la constituye como tal; y no menor generosidad para la entrega desinteresada, ya que consiste más en servir que en ser servidos. Teniendo siempre presente que la autoridad es difícil conseguirla, es fácil perderla y más difícil aún recuperarla<sup>4</sup>. Solo así podremos hacer una buena y sabrosa tortilla de patatas. Gracias.

Valparaíso, agosto de 2023

---

<sup>2</sup> BELLAMY, François-Xavier, *A la jeunesse: de Saint-Exipéry à Steve Jobs, de grandes voix appellent à vivre intensament* (Paris, Libro, 2014).

<sup>3</sup> República 562c.

<sup>4</sup> GÓMEZ TRINIDAD, Juan A., *La autoridad*, en *Revista Estar*, 340 (junio 2023), pp. 28-29.